

Pedro Orgambide:

La Generación Argentina del Ochenta, proyecto oligárquico que la junta quiere reproducir

Habló a El Día, el reconocido escritor argentino, premio Casa de las Américas

por Florencia BAEZ CASTRO

Con motivo de la conferencia que sobre la Generación Argentina del Ochenta sustentó Pedro Orgambide en la sede del COSPA (Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino), entrevistamos a este escritor en su casa. Hombre sencillo y de buen talante, nos va desentrañando poco a poco aspectos reveladores de esta generación.

Tengo entendido que los escritores de la Generación del Ochenta eran a la vez hombres de gobierno. ¿Cómo se daba esta dualidad?

—Mira, en el salón, en el club, en los camarotés de los barcos —cuando realizaban los obligados peregrinajes a Europa—, estos hombres del Ochenta escribieron libros, discursos, recuerdos de infancia, muchas páginas con las que se ha beneficiado nuestra literatura. En el Parlamento, en cambio, legitimaron su temor a los movimientos populares al promulgar, por ejemplo, la ley de residencia, instrumentada contra los inmigrantes que por aquel entonces se incorporaban a la incipiente clase obrera. La ley de residencia podía aplicarse a los extranjeros sospechosos de realizar actividades subversivas, en verdad recaía sobre todos aquellos que participaban activamente —desde el naciente proletariado— en la vida social. Que los hombres cultos, liberales, promovieran estas leyes represivas contra la clase trabajadora puede parecer incongruente. Es difícil imaginar a esos magistrados y funcionarios de la oligarquía argentina, y asociarlos con los amables prosistas del Ochenta, dispensadores de amor y de ternura en la literatura. Pero seamos justos, esa contradicción era la que se daba en nuestra propia historia desde el comienzo mismo de la vida independiente. Al fin, estos personajes eran hijos del nuevo orden impuesto por la oligarquía, eran los constructores de su sistema ideológico, de sus nociones del progreso y la cultura.

¿Cuáles eran estas nociones?

—Estas nociones se edificaban sobre los presupuestos del liberalismo económico y el positivismo filosófico que en la Argentina, lo mismo que en México y en América Latina, tuvo una gran influencia. Casualmente, también en estas partes gente liberal y agnóstica tuvo prejuicios semejantes a los de nuestros escritores; es decir, una actitud elitista frente a sus propios pueblos. Es cierto que éstas eran las nociones: liberalismo económico, positivismo filosófico, etcétera, sin embargo esta idea de la cultura se daba sobre una clara situación política.

Pero, ¿estos hombres eran patriotas o no?

—Buena, eso es lo que nos preguntamos también nosotros. Yo creo que sí, que ellos tenían una noción de patria aunque no era la de las mayorías argentinas; evidentemente creían seriamente que habían logrado la unidad nacional. Y esa unidad nacional no era otra cosa que el triunfo del poder central de Buenos Aires sobre las provincias y más aún, el afortunado triunfo de la oligarquía en todos los órdenes: territoriales, económicos, jurídicos.

Orgambide hilvana sus ideas con delicadeza, nos reímos de sus anécdotas pero estamos conscientes de que cada una de ellas refuerza los conceptos centrales. Ocasionalmente pareciera que se desvía del tema, pero en el momento más inesperado redondea magistralmente la idea que revoloteaba en el aire.

—Una superstición culturalista nos muestra a la Generación del Ochenta como a un grupo dotado de vastos conocimientos políticos, científicos y literarios —dice el maestro, toma un cerillo y lo sostiene entre sus manos largo rato—, una suerte de "renacentistas criollos" con múltiples intereses en la cultura. La realidad pudo ser otra, aquellos conocimientos se instrumentaban a través de referente filosófico de Augusto Comte: el positivismo. Corriente tan difundida a partir del segundo tercio del siglo XIX en la burguesía europea y latinoamericana, cuya pretensión —sin duda desmesurada— era ponerse por encima de la contradicción entre el idealismo y el materialismo.

Una filosofía que refutaba la metafísica desde otra metafísica, la de la ciencia, con el énfasis absoluto en el conocimiento experimental. Recuerdese que esta manera de observar el mundo Lenin la llama despreciable partido centralista, de ella fueron deudores los personajes del Ochenta, en ella se nutrieron y desde ella nos dieron una visión parcial y clasista de nuestra historia.

Qué situación tan contradictoria...

—Imagínate. Lo que ocurría es que estos hombres estaban unidos por lazos de familia. Sí, se creían patriotas, además, pasara lo que pasara en la Argentina, seguían siempre en la clase dominante. Por ejemplo, Lucio V. López, el autor de *La gran aldea*, poseía tanta capacidad crítica que de alguna manera por medio del humor, estaba cuestionando su clase.

—Sin embargo, pensamos: ¿Cómo puede ser posible que él cuestione y se ría de muchísimos vicios de la clase dominante y a la vez sea instrumentador de una política reaccionaria? Naturalmente tratamos de ser justos, de entenderlo. Entonces, no estoy seguro, pero creo que el referente del mundo de los afectos tiene gran importancia en esto; veamos:

El padre de Lucio V. López era el historiador por antonomasia de la generación, Vicente Fidel López, y éste compartía con el general Mitre todos los prejuicios antipopulares que son casi "regla de oro" en la historia oficial argentina. Asimismo, Vicente Fidel López era hijo de Vicente López y Planes, autor del Himno Nacional. Quiere decir que cuando uno comienza a revisar a estos próceres, es como si bajara de la estatua a buena parte de su tradición. Y es deber hacerlo, no para denigrarlos, desde luego, ni para tratar de rectificar la óptica que tuvieron en ese momento con los conocimientos actuales, eso no puede ser. Lo que sí es factible, es observar objetivamente por qué, cómo es posible que pensarán así estas personas.

Tan ensimismado en sus ideas, Pedro Orgambide deja caer las cenizas de su cigarro distraídamente; la luz del sol a las cinco de la tarde nos da una imagen singular del escritor: se halla junto a la ventana y de su perfil parece que surgieran haces de luz. Repasa sus notas y agrega:

"Fíjate que hace poco leía un libro de un literato puertorriqueño, Pérez, que hablaba de un

escritor Pedreira. Y de pronto este escritor mencionaba cosas muy semejantes a las que a mí me preocupan con relación a la Generación del Ochenta. Decía el escritor puertorriqueño que realmente a lo que se le tuvo miedo a fines del XIX fue al pueblo, como si se identificara con él a un monstruo informe, irracional, comparándolo, de la misma forma que Fernández Retamar en Cuba, con la figura de Calibán. Calibán fue el nombre de un drama que escribió el francés Ernesto Renan, asustado, temeroso por lo que él llamó los desbordamientos de la Comuna de París.

Entonces, el temor a esos desbordamientos de las multitudes silenciadas hace que muchos de nuestros pensadores finos y sagaces en su observación, sean torpes en la observación del fenómeno masivo por un miedo de clase. Y eso que señalaba este escritor, lo mencionaba recordando también figuras que fueron un poco el desprendimiento de la Generación del Ochenta, como José Ingenieros por ejemplo. Escritor de ideas avanzadas, sin duda, que saludó a la Revolución Socialista de Octubre y no fue indiferente a los movimientos nacionales de emancipación en América Latina, con respecto a la Argentina tuvo prejuicios clasistas. Pues esto mismo le pasaba al uruguayo Rodó con sus dos personajes Ariel y Proteo. Oponer estas figuras, idealizadas, a las figuras inquietantes del pueblo, que identifica con Calibán. ¿Dónde está la diferencia entre estos escritores que fueron antimperalistas? ¿Por qué frente al fenómeno masivo sospechan un origen irracional y no un origen en las crisis de las sociedades en las que ellos estaban insertos? ¿Y por qué nosotros que de alguna manera somos herederos de su pensamiento no le tememos al consabido Calibán...? Sencillamente debido a que nos hemos dado cuenta que las líneas elitistas de la cultura no nos representan, que somos emergentes de complejos fenómenos sociales, que también somos Calibán.

Los nombres de José Enrique Rodó, Lucio Vicente López, Augusto Comte, y del informe monstruo, minimizan el ruido exterior; los automóviles siguen pasando allá afuera mientras Pedro Orgambide nos invita a reflexionar...

—Estos lindos tipos del Ochenta, vinculados a la vida de salón y a problemas amorosos que terminaban en duelo, claro que tenían cosas muy rescatables —afirma categórico—. El hecho de que hayan limpiado de telarañas la retórica oficial con la literatura del humor, es para agradecerse. Lo que ocurre es que a un siglo de esta generación, cuando vemos que en Argentina se trata de instrumentar, vanamente, una política oligárquica y una falsa apertura a las ideas —en la medida en que esas ideas convaliden el régimen—, de pronto tenemos la obligación de estudiar la Generación del Ochenta como proyecto oligárquico que la junta militar quiere reproducir en la Argentina.

—Pero desde luego —alza la voz— no es que se quiera rescatar el humor de Mansillas o la ternura de Eduardo Wilde... Ese sentimiento de Wilde, esa gracia nos corresponde, le corresponde al pueblo que más temprano que tarde va a ejercer su derecho a la alegría y a la cultura. Entonces ¿por qué tanto énfasis en hablar de la generación de 1880? Es simplemente para saber de dónde partimos, cuántos son los elementos rescatables de esta generación y cuál es el proyecto oligárquico que todo argentino decente tiene que enfrentar.